

SECUESTRO DE UN SUEÑO

EN MEMORIA DE FRANCISCO ALDEMAR FRANCO ZAMORA



SECUESTRO DE UN SUEÑO

En memoria de
Francisco Aldemar
Franco Zamora

SECUESTRO DE UN SUEÑO

En memoria de
Francisco Aldemar
Franco Zamora



Secuestro de un sueño
En memoria de Francisco Aldemar Franco Zamora
Proyecto Memoria y Reparación

Primera edición, noviembre 2025
Investigación y elaboración, 2020-2024

Coordinadora general

María Clara Leal Murillo

Equipo coordinador

Yadira Tatiana Urrea Basto

Lina María López Gallego

Equipo psicosocial

Bibiana María Mejía Builes

Andrea Julieth Meyer Patarroyo

Brigitte Camila Rodríguez Arias

Tania Yurley Barón Parada

Laura Alejandra Tapiero Hueso

Stephanía Peña de la Pava

Equipo de investigación

Liliana Maritza Irua Sierra

Paula Camila Pineda Mendoza

María Clara Leal Murillo

Lina María López Gallego

Equipo de redacción

María Fernanda Ramírez Pino

Liliana Maritza Irua Sierra

Edición y corrección de estilo

Alejandro Perdomo Barona

Paula Ximena Martínez Pedraza

María Clara Leal Murillo

Lina María López Gallego

Ilustración

Lina Alejandra Restrepo Guio

Diseño y diagramación

Nicol Giselle Rodríguez Otálora

Equipo de difusión y comunicaciones

María José Ramírez García

Rafael Felipe Barco López

Lina Alejandra Restrepo Guio

Valentina Torres Aguirre

Equipo de apoyo institucional:

Fundación Colombiana de Miembros de la Fuerza Pública y sus Familias

Víctimas del

Conflicto Armado en Colombia-ACOMIDES

Otros apoyos institucionales

O.N.G. Fundación Territorio Cacique Hyntiba

Corporación Rosa Blanca Colombia

Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano

Fundación Universitaria del Área Andina

Otros apoyos:

Natalia Alzate Girón

Bogotá, D.C., 2025

ISBN: 978-628-02-1073-5



Licencia Pública Internacional – CC BY-NC-SA 4.0

Creative Commons

Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0

NOTA ACLARATORIA

Esta historia ha sido construida a partir de las narraciones de miembros de la familia, tomadas mediante entrevistas directas. En estas se recogen las emociones, opiniones, percepciones y recuerdos que construyen la memoria colectiva de los hechos violentos vivenciados. Los nombres de lugares, personas, hechos, fechas y otra información consignada en el texto hacen parte de los relatos recogidos de las fuentes primarias, y así mismo, toda adaptación narrativa ha sido aprobada expresamente por los involucrados.

DEDICATORIA

A Francisco Aldemar Franco Zamora:
Para un hombre maravilloso,
el cual fue ejemplo de entrega, sacrificio y
amor a su patria y a su familia.

Un hombre que se destacó en todas las áreas
de su vida y su carrera.

El amor de mi vida, héroe de mi corazón y de
la patria.

Sandra María Sánchez Castiblanco

ÍNDICE

Capítulo I	25
Capítulo II	31
Capítulo III	39
Capítulo IV	45
Capítulo V	53
Capítulo VI	59
Capítulo VII	65
Capítulo VIII	71
Capítulo IX	77
Capítulo X	85
Capítulo XI	91
Capítulo XII	99
Capítulo XIII	105
Capítulo XIV	111

AGRADECIMIENTOS

El proyecto de Memoria y Reparación agradece a los miembros de la familia de Francisco Aldemar Franco Zamora, a su querida esposa Sandra María Sánchez y a su hijo Brayan Andrés Franco Sánchez, así como al sargento Héctor Guillermo Bernal Malpica, quienes por más de 3 años han relatado sus historias, compartido sus reflexiones y nos han permitido sumarnos a su lucha para que sus voces no sean acalladas y su dolor no quede en el olvido de un país que no deja de padecer a causa del conflicto armado.

Así mismo agradecemos profundamente a Yesika Manuela Páez Rojas, quien, desde su interés por visibilizar a las familias de los miembros de la fuerza pública víctimas del conflicto armado interno en Colombia, tuvo la inquietud, la sensibilidad y el interés en

que fuera escuchada la historia de su familia y sembró la semilla para que este proyecto pudiera existir.

Gracias, familia, por la confianza, la constancia y el compromiso con el proyecto, porque si no hubiera sido así, no lo habríamos logrado. Gracias por la valentía para contar su historia, porque nunca será fácil hablar sobre lo que nos ha dañado, pero ustedes lo hicieron con la noble pretensión de que la memoria nos sirva para evitar que otros vivan la guerra.

Agradecemos al equipo que trabajó con la familia de manera voluntaria, cada uno logró comprometerse con la construcción de paz y aportar desde el amor, la constancia, el compromiso y dedicación que dieron al proyecto. En especial, agradecemos su alta sensibilidad y la capacidad para analizar y comprender los dualismos de la guerra, reconociendo que nos enfrentamos a una violencia estructural en la que la pobreza y el poder, entre otras causas, nos ha llevado a este conflicto.

Gracias al equipo de apoyo a la coordinación y al equipo psicosocial, por ser soporte

constante de todo el andamiaje que ha implicado este proceso. Gracias a las universidades que acompañaron a sus practicantes y a las organizaciones que apoyaron el trabajo realizado.

Agradecemos a todos quienes lo hicieron posible, porque a pesar de las tormentas no dejamos de creer en la posibilidad de construir paz a través de la escucha activa a las familias. Confiamos que podamos seguir aportando desde el más profundo amor a la construcción de paz en nuestro país.

PRÓLOGO

Hablar de la paz en Colombia necesariamente me lleva a una reflexión sobre la historia del conflicto que hemos vivido y, en especial, me enseña sobre las maneras cómo cada persona va encontrando razones para seguir adelante, pese al dolor, a la injusticia, a la poca equidad y, sobre todo, a esa sensación de soledad que invade.

Me ha sido muy significativo comprender que cuando se habla de perdón, se está colocando en la víctima la carga de realizar la acción de perdonar, mientras que cuando se habla de verdad, la responsabilidad de la acción recae en quien generó la situación de violencia. Algo no menor en un proyecto que trabaja con familias que se sienten víctimas del conflicto en Colombia, a pesar de no ser

reconocidas de esta manera por las instituciones que las han vulnerado.

Este proyecto nace cuando Yesika Manuela Páez Rojas (quien en ese momento, 2020, era una estudiante universitaria de psicología) nos expresó que varias familias de miembros de la fuerza pública deseaban contar sus historias para evidenciar lo sucedido de manera escrita, como una forma de hacer visible la situación que han atravesado a lo largo de todos estos años, en los que no han encontrado respuestas a sus preguntas.

Durante este proyecto pudimos conocer 69 familias y realizar un trabajo focalizado en las 8 familias que decidieron emprender el proceso de escritura, pese a la desconfianza aprendida de experiencias pasadas y la distancia geográfica que nos ubicaba a unos y otros. Pronto, el proyecto pudo establecer principios de confianza y la virtualidad nos logró acercar. Hoy llegan a sus manos estos textos que nos permiten escuchar la voz de quienes habitualmente han sido acallados, para reflexionar sobre la verdad y promover la paz.

Las familias de la fuerza pública que participaron en este proyecto nos han enseñado que viven intensamente un debate entre sentirse parte y a la vez sentirse abandonadas por “la institución”, como suelen llamarla.

Este proyecto también ha motivado reflexiones sobre quienes son o pueden llamarse víctimas y, en especial, ha logrado que ese binario de víctima/victimario se llene de matices, permitiendo ampliar ese marco de referencia muy estrecho de buenos y malos que no existe, porque en una guerra lo único que existe es el dolor.

La familia recibió el informe de cómo Francisco Aldemar había sido capturado cuando realizaba una operación humanitaria, ejerciendo sus funciones de enfermero militar. No tenía armamento, solo lo necesario para atender la emergencia y salvar vidas, pero fue secuestrado y con ello terminó la paz de sus seres queridos.

La señora Sandra María Sánchez realizó un trabajo de movilización social muy fuerte, logrando que el secuestro de su esposo

estuviera en el interés público. Junto con su hijo hicieron todo lo que podían para exigir su liberación; iban a cada marcha y Bryan Andrés siendo tan solo un niño pedía en las emisoras de radio el regreso de su padre.

El sargento Héctor Guillermo Bernal Malpica se ha encargado de preservar el legado y ha llevado el mensaje de respeto de la misión humanitaria militar con la Fundación y museo que ha creado. Nos sumamos a este esfuerzo para que muchos conozcan lo que esta familia ha vivido en la época de la captura, al conocer el asesinato y el poco apoyo institucional que reciben después. Hoy Francisco sigue en sus corazones, no dejan de extrañarlo, quisieran que estuviera aquí para conocer a su nieto. Así como está en la memoria de todos los que hemos conocido su historia y espero que en la de todos los que lleguen a la lectura de este libro.

La historia de Francisco Aldemar Zamora y su familia no es solo la historia de su vida, es la evidencia de unas violencias estructurales y simbólicas que se han tejido a lo largo de las vidas de todas las familias del proyecto.

Historias en donde la pobreza les ha generado una condición social llena de obstáculos y les ha creado la imagen de la guerra como la única o la mejor opción para tener un salario digno, un trabajo, una posibilidad de alcanzar sus sueños de construir una familia y prosperar. Algunos ingresaron en las filas de la fuerza pública cargados de ilusión, otros en contra de su voluntad y otros solo por obtener la libreta militar; pero no volvieron, y muchos de los que pudieron volver, lo hicieron incapacitados para poder seguir trabajando.

Así que la conclusión más cruel y despiadada, que se manifiesta en cada texto, es que la guerra solo deja dolor a todas las personas: no hay ganadores, no hay vencedores; todas las personas perdemos.

Y aunque puede ser demoledor saberlo, escuchándolo de quienes viven más de cerca el dolor, fundamenta a la vez la motivación para reconocer que el único camino es y será la paz, el diálogo y la reparación.

María Clara Leal Murillo



CAPÍTULO I

1998, jamás olvidaré aquel año, cuando Lidia con entusiasmo me invitó a acompañarla a visitar a Álex, su enamorado, a quien no veía desde solo algunos días atrás, pero que a ella ya se le convertían en eternidad. Yo estaba reacia, me parecía una pérdida de tiempo y además sentía que mi presencia sería una molestia para su cita, pero acepté, porque tenía pocas cosas que hacer y la insistencia de Lidia me convenció de salir a distraerme.

¿Pero quién era Lidia? o lo más importante, ¿quién narra esta historia?

Mis padres me dieron el nombre de Sandra María. Nací el 7 de septiembre de 1979, en la bella capital de Colombia, Bogotá, con su clima frío y arquitectura influenciada por importantes procesos históricos que se dieron en nuestro país. Mi infancia transcurrió en esta misma ciudad, acompañada de mi hermana Luz Marina, quien 10 años mayor que yo ha sido mi cómplice de juegos y aventuras. Jun-

tas crecimos con la compañía, amor y dedicación de nuestra madre, María Castiblanco, quien ha sido mi soporte y apoyo permanente en todos los momentos de mi vida.

Los años siguieron pasando, tuve una adolescencia tranquila y pude disfrutar de aquella época, en la que estaban apareciendo los videojuegos; disfruté del Pac-Man, así como de alquilar películas en los Betatonios¹ y ver la televisión a color, que en ese tiempo era toda una novedad. Mi familia era conservadora y protectora, pero cómo no serlo, si el país atravesaba por un período social complejo, debido a los cambios culturales, políticos y económicos del momento.

Colombia vivió una de sus dolorosas etapas de violencia en la década de los 80, en la que se dio el surgimiento del paramilitarismo y entró en auge el narcotráfico y las guerrillas, así, la violencia a cargo de grupos al margen de la ley se hicieron parte de la cotidianidad. La guerra trajo el asesinato de líderes políticos, periodistas y el estallido de artefactos explosivos que llamábamos “bombas” y que explotaban de manera indiscriminada en las

calles de las principales ciudades, llevándose consigo seres humanos, objetos e infraestructura. El pánico a que pudiera volar un espacio en segundos nos llevó como sociedad a construir un miedo permanente, tanto así que los años de 1984 a 1989 se han llegado a denominar como la época del terror².

Los tiempos no eran fáciles, pero mi madre buscó darnos a mi hermana y a mí los beneficios de vivir en una familia de clase media, inculcando siempre muchos valores y la importancia de estudiar. Crecer en este contexto me hizo elegir la pedagogía infantil como mi profesión y para mi cumpleaños número diecinueve estaba preparándome en una de las universidades capitalinas. Fue ahí que conocí a Lidia, mi más cercana compañera de estudios; y ella solía invitarme a visitar a Álex, su novio, quien estaba haciendo el curso para Cabo Segundo en la Escuela Militar de Logística, ubicada en San Cristóbal en la ciudad de Bogotá. Con frecuencia, Lidia decía que Álex era el “amor de su vida” y aceptando acompañarla a una de aquellas visitas inició la historia que vengo a narrar y que me lleva a tener al “amor de mi vida” aquí a mi lado: Mi hijo, Bra-

yan Franco, quien ha sido el motor para seguir adelante tras haberme encontrado de frente con la espantosa guerra de nuestro país.

Las mujeres e hijos de todos aquellos militares o integrantes de la fuerza pública que fueron desaparecidos, secuestrados y asesinados merecemos la verdad y ser tratados con respeto y dignidad. Para muchos no somos considerados víctimas del conflicto armado que vive el país, pero SÍ LO SOMOS, aunque en reiteradas ocasiones nos revictimizan al tener que defender un título que no puede hacer sentir orgullo a nadie, sin tener en cuenta lo que vivimos. Buscamos encontrar cada día la forma de sanar, seguir y sobrevivir.

Hombres y mujeres dan sus vidas por el país o por lo menos es lo que nos hacen creer, que entregamos a nuestros esposos a la guerra porque con ello el conflicto armado terminará y “los buenos”acabarán con “los malos”, pero la vida va más allá de blanco y negro y cada día mueren personas de todos los bandos y hasta ahora no vemos que llegue la paz. No creo que ninguna causa sea tan importante como que un hijo crezca con el amor de su

padre y no dejo de preguntarme ¿y quién pone los muertos en la guerra? Seguramente la desigualdad social tiene mucho qué explicar.



CAPÍTULO II

Al fin llegamos con mi amiga a visitar a Álex a la Escuela Militar de Logística. Él se encontraba con uno de sus grandes amigos, a quien algunos le decían Pacho y otros lo conocían como el yerbatero. Pacho porque así nombran a los Franciscos y Yerbatero porque le gustaba demasiado la medicina tradicional y solía utilizar plantas para sanar a la gente. Así conocí a Francisco, cuando él tenía 22 años y realizaba los estudios que lo llevarían a ascender a Cabo Segundo.

Pacho, fue recibido por una partera tradicional, conocedora del milagro de la vida y sus padres le otorgaron el nombre de Francisco Aldemar Franco Zamora. Nació el 12 de noviembre de 1974 en Arauca, capital del departamento que lleva el mismo nombre. Se ubica en la frontera con Venezuela, se distingue por sus amplias zonas ganaderas y por los importantes yacimientos de petróleo que se descubrieron en 1983 y que produjo la llegada de nuevos habitantes, la construcción de obras

de infraestructura desde 1990 y la incursión de grupos al margen de la ley, inicialmente las guerrillas del Ejército de Liberación Nacional (ELN)³, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)⁴ y posteriormente los paramilitares⁵, que buscaron el dominio del territorio generando que entre 1990 a 1998, Arauca fuese una de las zonas del país en las que se concentraba el 80% de los homicidios⁶.

Arauca también es conocida por sus características geográficas como parte de los llanos orientales. La zona, antes de la constitución de 1991, no tenía una propia gobernanza y estaba regida directamente por el gobierno centralizado en la capital del país a más de 600 kilómetros. Este elemento histórico ha fundamentado una sensación de olvido por parte del Estado, lo cual fortaleció la presencia de los grupos armados al margen de la ley y la delincuencia organizada. Quienes sometieron a los pobladores a una cruenta guerra por la disputa del control territorial⁷.

En este contexto, Francisco fue testigo de las atrocidades del conflicto armado en Colombia. Los primeros años de su vida trans-

currieron bajo el seno de su familia, acompañado por sus cinco hermanos y sus amados padres; Francisco Borja Franco Rodríguez y Gladys María Zamora Cohote. En medio del entorno social de la zona, a los seis años de Francisco, sus padres toman la decisión de separarse. Estos eventos lo llevaron a trabajar desde muy temprana edad moldeando también su carácter. Vendía diferentes productos para ayudar a su familia a subsanar el vacío económico que lo agobiaba al pertenecer a una familia numerosa y con pocos recursos económicos.

Pacho agradecía la fortuna de crecer junto a sus cinco hermanos, con quienes tenía una estrecha relación, llena de mucho amor, pese a las peleas y travesuras. Con sus hermanos disfrutaba pasar tiempo y los juegos tradicionales de la época hacían parte de cada día; los ponchados, la lleva y las escondidas acompañaron aquellos años de infancia. Magaly, su hermana mayor tejió una relación muy especial de juegos y cuidados. Francisco era travieso y llegó a descuidar sus estudios por la búsqueda de la diversión, lo que le llevó a recibir correcciones frecuentes de sus padres.

Aquellos padres debían dividir su tiempo para estar con sus hijos y responder al trabajo que les ocupaba gran parte del día. Por esta razón no podían ver a sus hijos tanto como deseaban, Francisco lograba comprenderlo y aprendió a amarlos y a seguir el ejemplo de luchar por salir adelante. No estuvo solo y su día a día estaba acompañado por María Brito, su consejera, su madrina y su apoyo permanente. Ella lo orientaba y lo instruía para una mejor toma de decisiones. Para Francisco, María significaba autoridad, respeto, cariño y una guía en las decisiones que seguiría tomando en su adolescencia.

Al crecer, Francisco decidió probar suerte en Venezuela, aprovechando la cercanía pasó el límite geográfico y se ubicó en un municipio llamado El Amparo de Apure. Le impresionaba cómo en tan solo unos cuantos metros de distancia, las condiciones cambiaban y podría tener mejores posibilidades personales y laborales. En ese pueblo fronterizo residían algunos familiares que estuvieron dispuestos a acogerlo. Allí aprendió de panadería e incluso emprendió su propio negocio en este campo.

Debido a la cercanía del Amparo (Venezuela) a Arauca (Colombia), solía viajar con frecuencia y fue en uno de estos viajes que conoció a su primer amor. Alma, era una joven hermosa, alegre, extrovertida y carismática, que una tarde, mientras caminaba por el parque, observó con inquietud a Francisco, atraída por la forma en que reía a carcajadas mientras charlaba con sus amigos; y él, que se sintió observado, le encontró viéndolo fijamente y le respondió con una sonrisa, que definitivamente la marcó, y no pudo apartar su mirada. La personalidad arrolladora de Pacho, su forma de hablar, de reírse todo el tiempo y esa manera de decir lo que sentía con la mirada, encantaron a Alma; y ella, que era muy afín a su personalidad y podía desenvolverse con él como si se conocieran desde hacía tiempo, algo que a él le parecía mágico, fueron suficientes para que entre ellos surgiera un romance. La primera historia de amor para ambos.

Al pasar el tiempo las cosas no fueron bien, la juventud y la lejanía empezaron a generar una fisura en la relación. Francisco solía sentirse decepcionado por lo que significaba una

relación a distancia, porque aunque estuviera cerca, él debía viajar para verla y esto implicaba dejar su trabajo y el emprendimiento que estaba construyendo y con el que estaba apoyando a su familia. Las cartas no le permitían sentirla, ni darle un abrazo, ni escuchar su voz o su risa. Se fueron alejando, las cartas tardaban cada vez más en llegar y esos espacios de silencio se llenaban de dudas que no les ayudaron a seguir la relación.

Seguramente el destino le tenía otras cosas a Francisco. A lo mejor esa fuerza misteriosa sabía que tenía que acabar esa relación; probablemente, tenía planeado que en unos años debía ser yo quien pusiera ese fulgor en sus ojos. Podrían decir que soy afortunada o no, ;no lo sé!, cada uno de ustedes sacará esa conclusión mientras sigo narrando.



SS. Francisco Aldemar Franco Zamora

CAPÍTULO III

Tras unos meses en Venezuela, Francisco decidió retornar a su tierra natal. No tuvo la suerte que esperaba y no logró construir un futuro en aquel país. Regresar no fue fácil. Por una parte se encontró que Alma, su primer amor, ya tenía una nueva pareja y que estaba embarazada; y por otra parte estar en Colombia le recordaba cómo tuvo que lidiar con el conflicto en su infancia y no solo los problemas sociales, sino también los familiares. Estar con su familia en el extranjero le permitió conocer que la realidad podría ser otra y entendía que las condiciones sociales y económicas podrían cambiar la violencia que era cotidiana.

Buscó a su madrina, María. Sintió alivio en su corazón por la esperanza que dejaban sus palabras, quien también le hizo mantener viva la ilusión de tener una familia cuando creciera. Sin embargo seguía sintiéndose perdido, sin saber qué rumbo tomar para su vida, llevaba algunos meses buscando su norte y no

se sentía conforme con cómo iba todo; y así fue como empezó a crecer en él un afán por intentar cosas nuevas, conocer nuevas perspectivas tal vez sería de ayuda —pensaba—, y fue así como decidió prestar el servicio militar obligatorio, para darse un tiempo en otros espacios, era una obligación que tenía pendiente y que al cumplirla podría también buscar trabajo formal, lo cual no era tan sencillo en este país⁸.

Entrar a la Fuerza Pública cambió la vida de Francisco para siempre, fue como si de repente hubiera encontrado el camino que buscaba y decidió seguirlo. Le fue fácil adaptarse a la jornada de ejercicios, ya que era atlético, fuerte y disciplinado; y le era natural cambiar de ambiente y encontrarse en situaciones hostiles. Lo que más lo motivaba es que sentía que ayudaba a la gente que al igual que él, vivía en medio del conflicto. Estaba decidido a formar parte del Ejército, sentía que era su camino, pero pensaba que ser militar iba más allá de estar en los enfrentamientos. Francisco quería ayudar y proteger en medio del peligro de la guerra, por lo que resolvió formarse como asistente de enfermería y una

vez tuviera completa su formación volvería a enlistarse a las filas.

Fue así como tuvo un progreso vertiginoso desde empezar a prestar servicio militar en 1995, iniciar su carrera como soldado profesional, y posteriormente inscribirse en el curso para escalar al grado de suboficial, justo antes de que nos conociéramos. Pacho durante su vida militar buscó siempre capacitarse; como enfermero militar, socorrista de combate, en paracaidismo, Derecho internacional de los conflictos armados, Derechos humanos y Derecho Internacional Humanitario. A su vez, logró diferentes condecoraciones: Distintivo Jineta de buena conducta en tres oportunidades, Distintivo capacitación intermedia, Medalla Escuela de Lanceros, Distintivo instructor de lanceros, Distintivo de paracaidista militar y Distintivo como profesor militar. Y las felicitaciones no faltaron al realizar sus labores con entrega y compromiso, y su hoja de vida militar lo refleja, al haberle entregado la Institución felicitaciones por el cumplimiento de funciones y responsabilidades, por sus condiciones profesionales y personales, por excelente desempeño, cumplimiento de debe-

res académicos, aplicación de conocimientos, consagración al trabajo y excelente profesionalismo y resultados.

En la vida militar había encontrado una mezcla sanadora para sí mismo. Francisco se enamoró de esa vida, por un lado, debido a que la exigencia física se acoplaba a su pasión por los deportes y la actividad física, las pesas y el atletismo; lo que lo hacía percibirse con una orgullosa fuerza y virilidad. Por otro lado, encontraba una salida laboral que consideraba digna y que le permitía aportar a su familia, lo cual no era fácil en un contexto de precariedad y olvido estatal como en el que vivía; y sobretodo encontró sosiego, la rutina militar le ayudaba a concentrarse en otras cosas, a sentirse útil y despejar su mente, pensaba que por fin su vida tenía rumbo y dejó de percibir que estaba perdido. Todo esto hizo que se comprometiera con fuerza a la vida militar y lo hizo amar a esa Institución y plantearse pasar su vida sirviendo en ella.

30. 11. 98

Sandra yo lo sé que tu
 No quieres nada conmigo.
 Pero si llegaras aquí una
 oportunidad te de Mostiana
 Todo lo que yo siento por ti
 llenaste el espacio que
 tenía dentro de mi corazón.
 y solo quiero darte y darte.
 se que existen sustancias
 que no permiten estar juntos.
 En estos momentos lo único
 que te voy a dar es que. Pasa como
 yo a ti.

esperare:

que sientas lo mismo que yo.
 que la luna.
 la tuya del mismo color.
 ESPERARE.
 que amanes mis versos de amor.
 que en mis brazos encuentres calor.
 ESPERARE.
 que vayas por donde yo voy.
 que tu vida.
 Meas como yo te lo doy.
 ESPERARE.
 que aprendas de noche a bailar.
 que de pronto me quieras besar.
 ESPERARE.
 que las manos me quieras tomar.
 que en tu recuerdo
 me quieras por siempre llevar.
 que mi presencia.
 sea el mundo que quieres ser tu.
 que un día me puedas sin mí amor vivir.
 ESPERARE.
 que sienta nostalgia por mí.
 que me pidas.
 que no me separe de ti.
 Tal vez jamás seas tú de mí.
 Mas yo esperaré -- ESPERARE.

Sandra. Sandra y Sandra.
 Franco y Teodoro. Teodoro.
 Franco. Franco. Franco.

Sandra y Franco... Franco y Sandra.

CAPÍTULO IV

Francisco encaminado en su vida militar y yo enfocada en mis estudios para ser profesora nos encontramos para darle nacimiento a un sentimiento de amor profundo. Lidia, fue la primera en decírmelo de regreso a casa, «pero hacen muy linda pareja», mientras que yo no me sentía así, él no me atrajo, no sentí esa conexión de la que hablaba Lidia; y en absoluto estaba en mis planes salir con alguien de la fuerza pública. Días después, fue mi madre la que se conectó con este sentimiento que flotaba en el aire. Sonó el teléfono en mi casa y ella contestó.

- Buenos días, ¿me puede pasar a Sandra?
Por favor.

- Buenos días, ¿de parte de quién?

- La llama Francisco, un amigo.

- Sandra, teléfono —me gritó mi mamá.

- ¿Quién? —Le pregunté.

- Francisco

- ¿Francisco? —Me pregunté a mí misma, y contesté el teléfono—. Ya —le indiqué a mi mamá para que colgara.

Esa sorpresiva llamada me trajo risas que no esperaba; Lidia le había dado mi número en secreto, porque él le manifestó su interés, y ella insistía en que nos veríamos muy bien juntos. En mi familia eran testigos silenciosos de nuestras llamadas a través del teléfono de la casa; cuando las llamadas empezaron a replicarse con cierta frecuencia vinieron las preguntas.

- Sandra y ¿quién es el que la llama y la hace reír tanto? —preguntó mi mamá, intrigada.

- Ah, es Francisco mami, un amigo —respondí tímidamente, esperando que la conversación no se alargara.

- Pues eso yo sé, se llama Francisco, ¿pero amigo de dónde? Nosotros nunca habíamos escuchado de él —insistió mi mamá; mientras me miraba expectante a la respuesta.

- Un amigo que me presentó Lidia —repliqué, esta vez sin nerviosismo, y eso pareció dar fin al asunto por el momento.

Era entendible el interés de mi mamá por saber de quién se trataba, quién me llamaba constantemente para hacerme conversaciones, quién me hacía reír y me hacía estar atenta al teléfono, para contestar de primera. La verdad es que con esas llamadas, con la forma amena en que hablábamos de todo, incluso los sin sentidos, Francisco se estaba metiendo en mi corazón; me empezaba a sentir enamorada y quería recibir sus llamadas, escuchar ese modo llanero que tenía al hablar y que se convertía en uno de mis sonidos favoritos.

Por supuesto, a mi madre no le bastaba con lo que yo le había dicho, ella quería conocer mejor la situación y darle cara a quien llamaba. Eran tiempos distintos, se tenían muchas prevenciones para conocer a alguien y mi madre, “chapada a la antigua”⁹, no planeaba pasar algunas cosas por alto. En esa época no me permitían salir a reuniones, por lo que mis allegados o amigos solían ir a visitarme a la casa, en donde mi madre los conocía. Así que

tenía claro que quería saber quién llamaba. Un día cualquiera cuando timbró el teléfono ella contestó.

- Aló —dijo María, la madre de Sandra.

- Buenas noches, ¿está Sandra? —Respondió Francisco, como solía hacer cuando yo no contestaba.

- Buenas noches, joven, ¿cómo se encuentra? — Le consultó.

- Muy bien gracias, sí señora, ¿cómo está usted? —Respondió Francisco.

- Bien, aquí esperando el noticiero a ver qué hay de nuevo, sí señor —y así continuó ella, haciendo una charla amena en la que finalizaría invitándolo a venir a la casa, para que se conocieran.

Cuando Pacho me contó me puse muy nerviosa, pero traté de no demostrarlo, y le saqué hasta el último detalle de la conversación. No se hizo esperar la consulta por mi dirección, que él no tenía, pero yo decidí, a modo de coquetería, que no se la iba a dar, «si quieres

venir tendrás que encontrar la forma de llegar» le dije. Aquello no fue un problema para Pacho, que desde el inicio manifestó su interés por mí, y no le vio problema a ello, porque ante cualquier obstáculo que se presentase, él buscaba una solución a como diera lugar.

Días después llamó a decirme que ya tenía la dirección y necesitaba que se la confirmara, pero yo no le creía, y le dije que me la indicara para yo confirmársela o corregirla; él me dio una dirección errada, y yo le dije “perfecto, puedes ir a esa dirección, te vamos a estar esperando”; y luego entre risas me confiesa que es mentira, aún no sabía dónde quedaba la casa; por lo que nuestro juego de romance todavía estaba vigente.

Después de eso, Pacho decidió activar su plan b. Lidia había peleado con Álex, por lo que Francisco aprovechó la situación, ofreciéndole ayuda para hacer las paces con el militar a cambio de la esquiwa dirección. Esforzándose para lograr que se reconciliaran, días después, consiguió saber dónde vivía.

Cuando lo vi en mi casa, me sorprendió, no pensé que sería tan persistente, y ante mis ojos se veía de una forma muy distinta a aquella vez, algo definitivamente había cambiado dentro de mí. Mi madre lo apreció, y aunque aún no lo veía como un romance definitivo, a partir de aquel día se empezó a formar una fuerte amistad, que se volvió cada vez más estrecha entre los dos. Tras cuatro meses, Pacho me hace su primera declaración de amor y me pide que seamos novios; pero yo no consideraba que fuera el momento indicado para empezar una relación afectiva con él y le pedí que esperara un poco.

Nada de eso lo detuvo y siguió insistiendo, lo que resultó en una segunda declaración, en la que me decido a darle una oportunidad; mi madre lo apreciaba y de hecho me hablaba muy bien de él como una futura pareja, cosa que facilitó mi decisión. Pero aparte de eso, ¿cómo no enamorarse de él?, si era muy alegre, y tenía un gran sentido del humor; era empático y muy dado a la gente; creaba vínculos con las personas fácilmente y era difícil verlo enojado o triste; cargaba su mochila lle-

na de sueños, siendo siempre un apasionado, entregado a la vida; y desempeñaba sus funciones con mucho amor en la profesión que eligió ejercer. El 21 de enero del año 1999 nos hicimos novios, lo cual duró muy poco, porque estábamos tan seguros de nuestro amor que pronto supe que era el hombre con el que quería estar el resto de mi vida.



CAPÍTULO V

El 21 de agosto de 1999, un día soleado en la fría Bogotá, estaba entrando a la iglesia vestida de blanco para sellar mi amor con Francisco. El sol parecía el augurio de un beneplácito celestial en medio de tantos contratiempos de nuestra relación y teniendo en cuenta que Bogotá, por su altura y el contexto sabanero de sus alrededores, es de días grises y nublados. Al menos en aquella época.

Tomamos la decisión de casarnos a los dos meses de estar juntos, y a los 7 meses de noviazgo, impulsados por el gran amor que sentíamos y por el anuncio que señalaba que Francisco sería trasladado a la Guajira¹⁰. Inicialmente sentimos la oposición frente a nuestra decisión; mi padre me dijo que no me ayudaría más con los estudios y que tampoco me apoyaría en la boda. No faltaron comentarios delatando que yo estaba embarazada, nada más apartado de la realidad. Francisco y yo estábamos decididos a demostrarnos a nosotros mismos, y al mundo, que nuestro amor

estaba consolidado, y no habría nada que nos pudiera separar.

Quizás nuestra firmeza en la decisión ayudó a que poco a poco nos fueran comprendiendo mejor, incluso mi padre cambió de opinión y dos meses antes de la boda me citó para decirme que me apoyaría con la compra del vestido de novia, me volvió el alma al cuerpo sentir que todo empezaba a fluir con mayor armonía. Con Francisco seguíamos riéndonos y retándonos el uno al otro, tanto así que el día antes de la boda le dije “si no llego 20 minutos después de nuestra cita, es porque me arrepentí” y nos reímos juntos llenos de la emoción y los nervios de sellar nuestro amor. Aquel recuerdo llegaría el día de nuestra boda, al pasar más de los 20 minutos de espera mencionados.

El 21 de agosto a las 4 p.m. todo estaba listo para mi llegada a la iglesia, todo menos yo, porque en el camino el carro que nos llevaba tuvo repetidos percances, el motor se apagó en varias ocasiones y no lograban encenderlo. Cuando podíamos avanzar, en medio del tráfico y el olor a gasolina, unas de las pajecitas

que me acompañaba, empezó a sentir mareos y tuvimos que detener el carro para que vomitara fuera del vehículo y que no fuera a caer en mi vestido de novia. Así pasó una hora y media y no llegábamos a la iglesia. A las 5:14 el sacerdote dio un ultimátum: “A las 6 tengo otra boda, si la novia no llega ahora mismo, no podré casarlos”.

Francisco miró a mi padre con angustia, en esa época no existían celulares y no teníamos forma de comunicar nuestra situación. Mi padre angustiado se acercó al portón de la iglesia y vio que finalmente llegábamos. Todos respiraron con tranquilidad y empezó la ceremonia.

Cuando miré la iglesia quedé asombrada, era bellísima la Catedral Castrense de Cristo Redentor, tiene una arquitectura asombrosa. Me parecía un palacio ese lugar, yo estaba absorta, absolutamente contemplativa de su belleza y caminaba muy nerviosa por la decisión que había tomado, pero completamente feliz. Le di una larga mirada al Jesucristo Redentor y deposité toda mi confianza en él.

Mi padre aunque no completamente convencido de que fuera la mejor decisión un matrimonio tan apresurado, estaba muy elegante, vestido de negro, me dio su brazo para llevarme hasta el altar, en donde estaba Francisco acompañado de Teresa Oviedo, su gran amiga de Arauca, quien en ausencia de los padres de Francisco, fue quien lo acompañó en ese momento. Yo caminaba mientras sonaba la marcha nupcial y me sentía como el centro del mundo. Todos nuestros familiares y amigos nos miraban con sonrisas y asombro, estaban acá por nosotros, para celebrar este gran momento. Lastimosamente los padres de Francisco no pudieron estar, sin embargo, varios de sus grandes amigos estuvieron presentes, entre ellos Jesús Oviedo y Álvaro Sarmiento, quienes celebraron juntos nuestro gran paso de amor.

Fue un gran día, no solo por el significado de nuestra unión, sino por la cantidad de vicisitudes que pasamos, porque no todo terminó con ese viaje a la iglesia lleno de dificultades y tropiezos, también al llegar a la celebración de la boda nos encontramos con la sorpresa que la persona a cargo de la decoración no

había decorado el lugar y decidimos hacerlo entre todos, así que los invitados y nosotros ya como marido y mujer, nos dimos a la tarea de hacer la decoración del espacio y nos quedó divino, y lo mejor de todo fueron las risas compartidas con todos nuestros allegados. Quizás esas dificultades fueron el anuncio de todo lo difícil que venía en nuestra vida, tal vez un anuncio, una alarma; pero decidimos vivir aquel tiempo como una muestra de la fortaleza de nuestro amor sobre los desafíos. Estábamos seguros que nadie podría romper los votos solemnes con los que nos comprometimos ese día y estaríamos juntos por el resto de nuestras vidas.



CAPÍTULO VI

Francisco tenía que partir al día siguiente a la misión que le exigía estar en la Guajira, así que yo me quedé a vivir en mi casa materna y continué mis estudios, con la promesa de vivir juntos cuando Francisco tuviera un lugar fijo de servicio. Teníamos la certeza que nos teníamos el uno al otro y yo esperaba impaciente su regreso. El teléfono era nuestro cómplice y quien podía extender nuestra relación hasta los confines en los que Pacho tuviese que estar; sin importar sus altos costos y las dificultades de la señal, procurábamos mantenernos en contacto lo más que pudiéramos. Nuestra relación era una superación constante de pruebas y situaciones complejas.

En mi casa, mi madre nos acomodó una habitación y lo primero que compramos fue el juego de alcoba. La cama doble, las dos mesitas, todo seleccionado con mucho amor, ya teníamos nuestro espacio listo para cuando Francisco volviera. Las visitas no eran frecuentes, habitualmente se demoraba 4, 6 y hasta 8

meses en venir a casa. Cuando tenía permiso disfrutábamos de los 20 días de descanso y en ocasiones Francisco aprovechaba para visitar a sus padres y viajaba hasta Arauca. A mí me daba mucho temor sus viajes, era una mezcla de emociones porque soñaba con verlo, pero para que él llegara a casa debía tomar bus público que tardaba más de 17 horas en recorrer casi mil kilómetros de distancia entre la Guajira y Bogotá, ya que no solía venir en avión por las dificultades de transporte y la disponibilidad de cupos en los aviones del Ejército. En esos trayectos los riesgos eran muy altos, el país se encontraba en una dificultad para ofrecer seguridad en el territorio y los grupos al margen de la ley estaban al acecho de militares. Una de las medidas de protección que tomaba Francisco era dejarse crecer el cabello y la barba días antes de la salida, para de esa forma camuflar su aspecto y poder atravesar el país sin despertar sospechas de su vida militar.

Cuando estábamos en Bogotá pasábamos el tiempo juntos de forma hogareña, hacer el desayuno y organizar nuestro nido de amor eran la mejor de las aventuras. También sa-

líamos a bailar y a disfrutar de nuestra relación y era muy curioso porque mi madre se molestaba si llegaba tarde con Pacho o nos quedábamos fuera de casa y teníamos que recordarle que no éramos novios, que ya estábamos casados y que por tanto no se justificaban los reclamos que me hacía como madre de una adolescente.

Nuestro amor se hacía cada vez más fuerte y nos teníamos cada vez más confianza. Pacho se había permitido abrir su corazón hacia mí. Ese hombre militar que a veces lucía como un ser frío y duro de emociones, tenía un corazón muy noble y bello. En el Ejército no se le permitía demostrar estas emociones y mucho menos llorar, pero cuando me contaba las situaciones que vivía, por teléfono, en cartas o en una charla cuando venía, al fin se permitía ser emocional respecto a todas las cosas que debía realizar en su actividad de militar; los entrenamientos y la práctica, porque el ser parte de la Institución traía consigo una serie de situaciones difíciles de digerir. En especial, recuerdo lo que me compartía sobre los entrenamientos de secuestro¹¹, en los cuales les hacían simulaciones de torturas y los some-

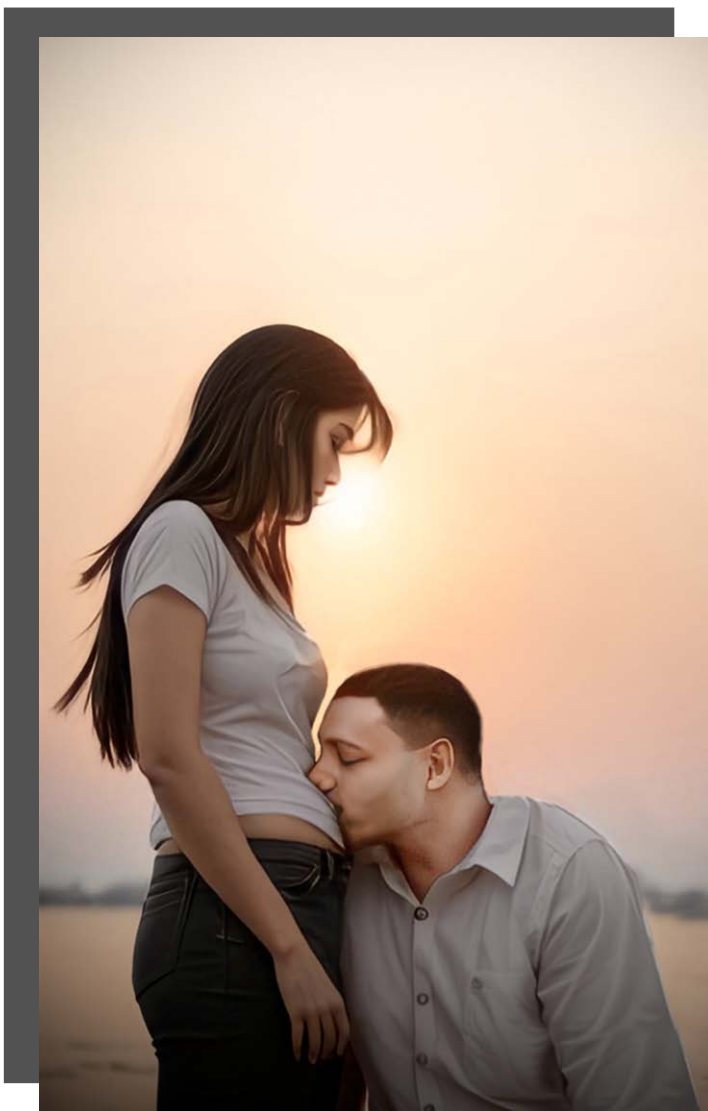
tían a vivir la experiencia como si estuviera sucediendo realmente, así, le decían a él, que debían estudiar el tema a profundidad, preparándose de forma física y mental para proteger a la Institución y en caso de ser privados de la libertad, asegurarse de que no darían información confidencial.

Los tiempos en que estaba en misiones también era difícil, porque podían durar veinte días o incluso el mes completo en condiciones hostiles no sólo porque era el enfrentamiento frontal, sino también porque no podían bañarse, debían racionar comidas, estaban incomunicados y muchas veces sin siquiera poder avisar a la familia, ya que parte de la estrategia de la guerra es avisar sobre el tiempo y hacerlo de prisa para resguardar la seguridad de la misión.

En esos momentos Pacho sentía con más fuerza que la muerte estaba respirándole en la nuca. Caminatas extensas en silencio, cargando el equipo médico, su fusil, las municiones, una colchoneta, demás implementos fundamentales para ejercer su labor. El peso que cargaba no era solo el físico sino el de

su emocionalidad, que yo intentaba alivianar al escucharlo y prestarle siempre mi apoyo. Cuando no podíamos comunicarnos, se refugiaba en Dios, para así poder sobrellevar todo aquello. Y acá estaba yo, siempre expectante a su regreso a las bases militares para recibir esa llamada en que me decía que ya había salido y que estaba bien. Escuchar su voz me devolvía la vida, porque así podía comprobar que estaba bien de todos esos peligros.

A los dos años de estar en La Guajira Francisco recibió la noticia de un traslado al Puente Militar de Tolemaida y esto me alegró el corazón, ya lo iba a tener a tan solo 120 kilómetros y Pacho pensaba aún en más cercanía, para él era la posibilidad de pedir una casa fiscal¹² y de esa manera construir el hogar como siempre lo habíamos soñado.



CAPÍTULO VII

Nos fuimos a vivir juntos, después de un año del traslado, aunque mientras la espera nos veíamos más seguido y podíamos compartir mucho más que antes. Habitualmente hablábamos de tener un bebé, era nuestro sueño, una gran ilusión que no podíamos cumplir y no sabíamos muy bien qué pasaba. Después de un tiempo de no tener éxito, decidimos consultar a un especialista quien después de muchos exámenes y tratamientos nos dio la terrible noticia que yo no tenía posibilidades de ser madre. Me daba mucha tristeza no poder tener la fertilidad que deseaba y con ello, no poder darle la alegría a Francisco de ser padre. Ese dictamen nos dejó sin aliento, pero como siempre, buscamos la forma de continuar, y seguíamos creyendo en que nuestro amor todo lo podría. Y así fue, poco tiempo después de la mala noticia del diagnóstico médico y cuando Pacho regresó al batallón de Tolemaida, yo me empecé a sentir un poco enferma, con cansancio y náuseas, por lo que tímidamente decidí comprar una

prueba de embarazo, sabía que las posibilidades no eran muchas, pero algo me hizo pensar que podría ser verdad. Esa prueba casera dio positiva, lo que me causó una emoción impresionante, sin embargo, sabía que debía contrastar con una prueba sanguínea, por lo que me dirigí al hospital militar y tras unas horas recibí un sobre que contenía el resultado.

Mi nerviosismo y mis ansias no me permitían abrirlo, podría ser cualquier cosa y yo temía mucho que el resultado no fuera el que yo esperaba. Decidí acudir a la iglesia del 20 de julio¹³, que quedaba cerca y que me pareció el sitio correcto para estar en paz. Repetía en mi mente “Dios que sea tu voluntad” y sentía que no podría haber un mejor lugar para conocer la noticia que en las escaleras de la iglesia. Mientras iba abriendo el sobre y deslizando hacía afuera esa pequeña hoja sentí un escalofrío, fue como una corriente de viento subiendo por mi espalda, y no pude contener las lágrimas de alegría, de emoción y dicha indescriptible: estaba embarazada.

En cuanto llegué a casa llamé a mi madre para contarle la noticia y decidí dejarle

un mensaje de urgencia a Francisco. Pedí en el batallón le informaran que debía volver a casa lo más pronto posible, ya que tenía algo de suma importancia para decirle. Él, que se encontraba en en la base Militar de Tolemaida Melgar¹⁴, tan pronto recibió mi mensaje, agarró su moto y viajó rumbo a Bogotá. Yo solo esperaba la llegada de Francisco, que finalmente pudo hacerse presente en la noche de ese día. Él tenía una angustia latente por ese mensaje que era algo totalmente inusual.

- Hola mi amor, ¿qué pasó?, ¿estás bien? — Llegó a la casa preguntando mientras me saludaba, y me examinaba de arriba abajo para encontrar alguna señal de urgencia.

- Pacho tengo una noticia que dartte, pero necesito que te sientes —le dije, mientras lo dirigía con mi mano hacía el borde de la cama.

- ¿Qué pasó Sandra? —Preguntó nervioso.

Ya no había más palabras que decir de mi parte, simplemente saqué el sobre y lo puse en sus manos, mientras él me miraba con profunda extrañeza. Sacó su contenido y lo leyó con rapidez; luego me miró, yo lo vi con

una sonrisa que había quebrantado la preocupación inicial, mientras yo asentía con mi cabeza; de inmediato sus ojos se llenaron de lágrimas, me abrazó y empezó a besar mi barriguita.

La alegría de estar esperando a nuestro hijo me hizo fuerte en medio de todas las complicaciones que tuve en el embarazo, y finalmente el 2 de abril, del año 2002, nació Brayan en el hospital militar de Bogotá. Al poco tiempo logramos la asignación de la casa fiscal y a los 6 meses de nuestro hijo, después de estabilizar mi salud y los cuidados con el bebé, logramos por fin estar los tres juntos.



CAPÍTULO VIII

En Tolemaida me la pasaba en mis funciones de esposa y madre, pero quería hacer algo más por mí, porque había dejado todo por estar con Francisco y mi hijo. Empecé entonces a crear vínculos con las esposas de los demás militares, y logramos conformar una guardería, en la que pude ejercer mi profesión. Muchos no tenían tiempo para compartir o estar al cuidado de sus niños, así que mientras yo ayudaba a otros, trabajaba en lo que más me gustaba. En la guardería afloraba mi lado creativo y empático con los niños y, de paso, me hacía sentir menos sola, porque compartía muy poco con Pacho, era muy difícil que él pasara tiempo con nosotros por sus exigentes horarios. En ocasiones solo nos veíamos para comer, o incluso, solo para dormir, debido a sus extensas horas de trabajo. Ante esta situación, teniendo la familia más grande y con el deseo de compartir más con Pacho, le pedí que considerara la opción de cambiar de trabajo, pero él fue tajante y afirmó que ya tenía un compromiso

con la Institución, y que su carrera era su pasión, lo que había elegido y por lo que sentía un gran sentido de pertenencia.

A los cuatro años de estar en Tolemaida Pacho fue avisado de un traslado a Mocoa Putumayo¹⁵, en el que ya no le pude acompañar. Él decidió que sería mejor quedarme en Bogotá con el niño. Putumayo era considerada una zona roja¹⁶ y él no quería exponernos a esto, sobre todo porque recientemente habían asesinado a la esposa y al hijo de un compañero mientras viajaban en un camión de trasteo por la carretera del territorio; Pacho siempre se aseguraba de nuestro cuidado y bienestar. Así, volvimos a las interacciones iniciales, en las que los permisos eran cada 4 o 6 meses, las cartas y las llamadas ahora eran cortas o intermitentes, pero nos fue posible fortalecer la relación familiar y, entre Francisco y Brayan, crear el vínculo padre-hijo, que hasta hoy persiste.

Cuando Francisco se encontraba de permiso y regresaba a casa, le encantaba ir a recoger a Brayan al colegio y salir a pasear con él en moto o bicicleta e ir al parque; además, le

regaló un celular, el cual solo tenía el número de su padre, para que así pudieran hablar cuando él tuviera tiempo.

Francisco después de estar en Putumayo, es trasladado nuevamente. Esta vez a la Brigada 22 de Selva, ubicada en el Batallón de Contraguerrilla No. 86 de Miraflores, en el departamento del Guaviare. Fue muy difícil conocer el destino y hasta Pacho, a pesar de su férrea decisión y compromiso con la Institución, solicitó una revisión de su traslado, con la intención de no asistir, ya que era una zona muy peligrosa y los dos tuvimos miedo. Aquella solicitud no tuvo un resultado positivo y Francisco igual decidió cumplir con el deber. Él me invitaba a que tuviera mayor tranquilidad, debido a que si bien las FARC realizaban constantes ataques a la zona, las salidas al área tenían menor frecuencia. Yo vivía en la zozobra, los pensamientos no paraban y siempre estaba esperando que todo transcurriera bien.

Las visitas de Pacho se daban cada seis meses, era muy difícil no poder vernos por tanto tiempo y cuando nos visitaba tan solo 20

días podía quedarse. Un poco de tranquilidad nos daba las llamadas por medio de celular, el avance de las comunicaciones nos dio una buena mano y Brayan podía reír, contar sus travesuras en la escuela y recibir aprobación por las peleas que tenía con sus compañeros. No fueron tantos momentos que lograron compartir, pero Brayan busca ser cada día la persona que le enseñó su padre. Siempre lleva consigo una fotografía de Francisco y la frase que le dejó su padre, que lo guía en los buenos y malos momentos:

**“Haz que lo imposible
se convierta en posible”**

FUERZAS MILITARES DE COLOMBIA
EJERCITO NACIONAL
BATALLÓN DE CONTRAGUERRILLAS N° 86

Miraflores (Guaviare), Marzo 30 de 2009

ASUNTO : Situación Suboficial Desaparecido

AL : Señor Sargento Primero
ENLACE BCO 86
San José (G).

Con toda atención me permito poner en conocimiento la información disponible respecto a la desaparición del señor Sargento Segundo FRANCO ZAMORA FRANCISCO, hechos ocurridos el día 21 de marzo del corriente así:

- El día 21 de Marzo a las 11:40 horas el Suboficial se encontraba realizando una misión de evacuación cuando la embarcación en la que se desplazaba fue atacada por fuego por parte de los bandidos, el Sargento cayó al agua y desapareció, se hizo una búsqueda exhaustiva por la rivera del río sin resultados positivos.
- El mismo día en horas de la tarde el Personero municipal llegó a la base informando que había recibido una llamada de un sujeto que decía tener en su poder a un soldado, que se encontraba bien y supuestamente lo comunicaron, dijo que se encontraba bien y que le habían dado buen trato.
- El día 22 el personero municipal dice que lo llamaron por celular y que estaba bien que estaban mirando si lo soltaban pero con la respectiva publicidad.
- El día 23 se coge por Intelc que lo están desplazando hacia el campamento de un cabecilla, reportan que el "capturado" es un sargento.
- El día 24 por inteligencia humana se establece que fue movido en una embarcación aguas arriba del río Vaupés en horas de la noche.

A la fecha esta es la información que se conoce del Suboficial, no se han obtenido pruebas de supervivencia por parte de sus captores.

9/2
Mayor GABRIEL PARRA GORDILLO
Comandante Batallón de Contraguerrillas N° 86

CAPÍTULO IX

El 21 de marzo de 2009, debido a unos fuertes enfrentamientos con la guerrilla varios militares se encontraban heridos. Francisco salió del batallón de San José del Guaviare con su uniforme mallo¹⁷, un brazalete que lo identificaba como enfermero, sin armas y tomó rumbo hacía una misión humanitaria a la vereda Casa Azul. Con la grave imprudencia de la Institución de enviar a Francisco y a su equipo por agua y no por aire. Subió a la lancha para pasar el río Guaviare y alcanzó a llegar a la otra orilla. Prestó los primeros auxilios y ayudó a las personas que estaban heridas. De repente el primer frente de las FARC inició hostigamientos, por lo que decidieron subir a los heridos a la lancha y finalmente lo hizo Francisco. La lancha arrancó con el hostigamiento en marcha; fueron atacados con ráfagas de fusil y granada y una de esas balas impactó la pierna de Francisco, quien estaba en estado de indefensión, siendo violado el derecho internacional humanitario por parte del grupo armado. El repentino impacto le impidió man-

tener la estabilidad necesaria para estar en el vehículo en movimiento, y terminó cayendo al agua, donde la poderosa corriente del río lo arrastró hasta la orilla de la que intentaba alejarse. El mismo día en las horas de la tarde el Personero Municipal recibió una llamada donde le decían que tenían a un soldado, y el día 23 de marzo lo llaman nuevamente para informarle que el capturado era un sargento y que lo llevaban para un campamento. Así fue, guerrilleros del primer frente de las FARC, lo sacaron del agua aquel día del ataque, y lo tomaron secuestrado, lo encadenaron, no solo para arrebatarse su libertad, sino también su dignidad, dejando la marca más significativa del secuestro, la humillación.

Al mismo tiempo, yo, sin tener idea de qué pasaba, mientras cumplía mis labores como administradora de un local en el popular sector de San Victorino¹⁸, empecé a sentir algo dentro de mí que no me dejaba tranquila, una rara presión en el pecho que me advertía que algo no iba bien. Llamé a mi madre para calmar mi impaciencia, necesitaba saber si ella y Brayan estaban bien, y me encontré con la calidez y tranquilidad de su

voz que me dio un pequeño alivio momentáneo. Aunque el sentimiento seguía presente, la sensación era mucho menos angustiante que antes de la llamada, pero al llegar a casa pude comprobar que yo no era la única que se sentía así; Francisco acostumbraba llamar a Brayan cada mañana, pero ese día no lo había hecho, lo que lo había tenido pensando todo el día, hasta que llegué y pudo compartir conmigo su preocupación.

- Mi papá no me llamó —me repitió en diferentes ocasiones.

- No te preocupes mi amor, debió estar muy ocupado hoy, pero seguro cuando se desocupe, o mañana temprano él te va a llamar —le dije para tranquilizarlo, mientras mis nervios volvían a subir.

Luego, durante la cena, sonó mi celular con insistencia, y no pude evitar ignorarlo, «si llaman de esa manera es porque debe ser importante» pensé. Estiré mi brazo hasta alcanzar mi bolso, que estaba colgado en una de las sillas del comedor, y luego saqué de ahí mi celular. Era un número desconocido.

- Aló —respondí la llamada.

- Sí, buenas noches, ¿estoy hablando con la Señora Sandra María Sánchez Castiblanco? —Preguntó la voz al otro lado de la línea, una voz masculina inquisidora.

- Sí, con ella, ¿con quién hablo? Perdón —pregunté algo nerviosa y sorprendida, ya que yo no recibía este tipo de llamadas, mucho menos en la noche.

- Mire yo soy miembro del Ejército, ¿es usted la esposa del Sargento Francisco Franco? —Preguntó nuevamente la voz.

- Sí, soy yo, ¿pasó algo? —Pregunté en un estado de angustia que había escalado en un instante.

- Permítame que le voy a pasar al capellán, usted tiene que ser muy fuerte —dijo la voz antes de un breve silencio.

- Aló Sandra, buenas noches, soy el Capellán de la iglesia de Miraflores, ¿cómo está? —Preguntó esta nueva voz, que era un poco menos áspera y lucía más calmada.

- Bien, sí señor, dígame ¿en qué le puedo ayudar? Ya me tienen preocupada —respondí al saludo, con una angustia palpable, y con la mirada fija de mi madre, curiosa por la disposición que había tomado.

- Sandra, qué pena con usted, la llamo para informarle —inició la voz del capellán que casi parecía grabadora—, Francisco tuvo que ir a una misión de rescate médico, donde hubo varios heridos y debía atenderlos; durante el enfrentamiento él también resultó herido por el impacto de un proyectil, lo que hizo que cayera al río y la corriente se lo llevara hasta la orilla, allí algunos guerrilleros lo cogieron y se lo llevaron. Lo hemos buscado por muchos lugares sin suerte alguna. Mañana a primera hora se dirigirá a su casa un suboficial para comenzar con usted trámites ante DDHH¹⁹.

- ¿Qué? —Respondí, ante este impacto que no entendía cómo asimilar.

- Necesitamos que mañana a primera hora esté pendiente en su casa, porque va a llegar un suboficial para comenzar los trámites, ¿de acuerdo? —Repitió, ya un poco angustiado y

con una voz que denotaba ganas de finalizar esta conversación.

- Sí, sí de acuerdo —respondí.

- Bueno, mañana temprano pasarán por su casa, que tenga buena noche, hasta luego —se despidió.

- Hasta luego —finalicé.

Francisco a veces hace estas bromas pesadas, recordé, y procuré mantenerme en calma, esperaba que ningún suboficial llegara al día siguiente, pero para mi desgracia no era una broma y un hombre llegó por mí. Luego de eso, me llevaron con una psicóloga para iniciar un acompañamiento en el proceso, y fue con ella con quién por fin sentí un trato que correspondía a la situación. Mi esposo estaba secuestrado, y nadie sabía exactamente su paradero, ni cómo yo me sentía.



CAPÍTULO X

Francisco en un principio es declarado como desaparecido por parte del Estado y no como secuestrado, a pesar de que sus compañeros habían visto cómo se lo llevó la guerrilla. Todos lo consideramos absurdo, pues si era catalogado como secuestrado por parte del Ejército, ¿por qué no lo hacía el Estado de la misma forma? Empezaron a rondar preguntas e hipótesis: seguramente fue por conveniencia o solo se quería que su caso no tuviera una mayor relevancia y era más conveniente para ellos ser solo desaparecido. Yo dejé mi trabajo y me dediqué de lleno a lograr que el caso y su búsqueda progresaran y, por supuesto, que una posible liberación se diera incluso cuando no había indicios de que él se encontrara con vida, pero yo no podía pensar que no fuera así.

En la ardua labor busqué apoyo en instituciones que trabajaban con familias de personas secuestradas, intenté abrirme paso en muchos eventos y manifestaciones en las que

usualmente me era negado el paso, y aun así, lograba ingresar; incluso estuve en una reunión sobre los canjeables²⁰ donde se encontraban personalidades importantes de la política, como Piedad Córdoba²¹ y Ernesto Samper²². Les expuse el caso de Francisco, porque sabía que bajo la presidencia de Álvaro Uribe Vélez²³ él podría entrar en la categoría de secuestrado canjeable. Asimismo, me mantenía al tanto de las pruebas de supervivencia que daban las FARC, las interceptaciones de llamadas y demás comunicaciones, guardaba la esperanza de que en alguna apareciera el nombre de Francisco Aldemar Franco Zamora o me dieran alguna respuesta de dónde lo tenían.

Las emisoras de radio se convirtieron en actores primordiales para nuestra lucha, sirviendo como puentes de comunicación; incluso junto a Brayan fuimos invitados por Caracol Radio a su programa Voces del Secuestro²⁴ y por la emisora La Carrilera, espacios radiales donde las familias en la misma situación que nosotros podían enviar mensajes a familiares desaparecidos o secuestrados, y esperábamos que en esas fechas de unión, nuestro mensaje fuera difundido por radio y llegara al lugar

donde los tenían. Brayan, que se esforzaba por entender la situación, hacía todo lo que estaba en su poder para ayudar a traer de vuelta a Francisco, así que le ofreció a la guerrilla intercambiar los juguetes que iba a recibir en navidad a cambio de su padre.

Debido a que no estaba trabajando, decidimos trasladarnos a una casa fiscal, donde vivían otras esposas e hijos de secuestrados. Se creó una red de cercanía, ya que atravesábamos por dolores similares y nos acompañábamos en estos momentos tan difíciles para todos. Traté de que Brayan lograra descargar ese doloroso peso que llevaba sobre sí, a su temprana edad; él ingresó al liceo oficial del ejército, donde permaneció un año, hasta que decidí que tenía que buscar una alternativa privada que lo alejara de este contexto, ya que se había visto muy afectado. Mi hijo estaba constantemente conmigo en esta batalla por traer de vuelta a Francisco y me acompañaba a las manifestaciones en la Plaza de Bolívar²⁵, velatones, misas y transmisiones de radio; y además, debía lidiar con sus propios pensamientos por la ausencia de su padre.

Fueron años guardando la fe en que Pacho en algún momento llenaría de nuevo nuestro hogar con su jovialidad característica; una esperanza que no desfallecía, aun cuando jamás recibimos pruebas de supervivencia, una carta o un video; cuando nunca supimos si alguno de los tantos políticos que asistían a esas reuniones importantes escucharía su nombre entre tantos que se listaban; aun así, confiábamos ver de nuevo su silueta recorriendo los rincones de nuestro hogar.



CAPÍTULO XI

En el año 2011, un guerrillero de las FARC que se había desmovilizado, entregó mucha información a las autoridades y habló sobre el tiempo en cautiverio del Sargento Franco Zamora: nuestro Pacho. A quién describió caracterizándolo por su fiereza y valor frente a sus captores, por lo que se consideraba problemático para ellos, así que los miembros de la guerrilla lo mantenían alejado y encadenado, ya que esa rebeldía podría ser contagiosa para otros secuestrados. De hecho, intentó escapar en un par de ocasiones; en la primera fue perdonado con la amenaza de perder su vida si volvía a hacerlo, fue el mismo Mono Jojoy²⁶ quién manifestó que de reincidir en intento de fuga, deberían ejecutarlo.

Francisco a pesar de la advertencia volvió a planear y a ejecutar su escape. Esta vez, tras días en la selva, cuando el hambre y el cansancio eran mayores de lo que su cuerpo podía soportar, buscó refugio en una comunidad indígena, de la cual fueron alertados los gue-

rrilleros, quienes pronto lograron dar con su paradero. Francisco fue nuevamente sometido a torturas, donde le rompieron una pierna y finalmente decidieron acabar con su vida. Se cuenta, que cuando lo fusilaron se negó a dar la espalda, y en cambio recibió los disparos de frente con una sonrisa en su rostro, porque ni en ese momento dejó de sonreír, a pesar del miedo y la angustia que sentía de perder la vida y no poder ver a su familia nunca más.

Este hombre, con su confesión, acabó nuestra esperanza, pero así mismo acabó el sufrimiento constante que era la espera amarga por resultados, por pistas. El esfuerzo incansable por tocar puertas en busca de su paradero, terminó con el engaño de años en que los gobiernos no habían logrado obtener una respuesta apropiada a nuestras súplicas. El desmovilizado también mencionó que daría las coordenadas donde estaba enterrado su cuerpo, ya que a diferencia de otros que eran dejados en fosas comunes, a él lo habían enterrado solo, en el mismo lugar de su ejecución, un lugar muy cercano a donde estuvo retenido en esos meses.

Las fuerzas militares decidieron no contactarme para darme esa noticia, ya que en una ocasión pasada, durante una situación similar, asistí para reconocer un cuerpo, que resultó no ser el de Francisco; lo que me derivó a un fuerte estado de shock, donde quedé visiblemente devastada y aumentó la zozobra de no saber si él se encontraba con vida o no. Esa tortura creciente que se apodera de cuerpo y alma de las personas que tenemos familiares desaparecidos. En esta ocasión, no hubo citación a reconocimiento, no hubo alertas, ni personal atento a mi reacción; nada de eso.

Estaba observando el noticiero en compañía de Brayan, un noviembre frío en la capital, era la emisión de las 7:00 p.m. en el canal Caracol, y de repente, los presentadores indicaron que tenían una noticia de última hora, “Mucha atención, acabamos de obtener información importante por parte del Ejército Nacional donde se confirma que se ha hallado el cuerpo sin vida del Sargento Francisco Aldemar Franco Zamora. Se ha logrado dar con la ubicación del cuerpo gracias al testimonio de un desmovilizado de las FARC”.

El 10 de noviembre de 2011 fue encontrado el cuerpo de Francisco. Sentí que toda la esperanza que había ido acumulando por años se desvanecía dentro de mí, y se formaba un agujero negro en mi interior, que iba drenando todas mis fuerzas, y me dejaba sin más, tendida sobre el sofá; mientras que Brayan, por su parte, tuvo un impulso de ira que lo llevó a patear las puertas de la casa mientras se desmoronaba en llanto. El tiempo había colapsado totalmente, y la atmósfera se sentía como si se derritiera; de fondo, casi como algo ajeno, empezó a sonar el teléfono de forma constante; finalmente, cuando empecé a recomponerme lo levanté, llamaban desde el Ejército, querían disculparse por la filtración de la información, pero sus disculpas no significaban nada para tal momento de dolor y frustración absoluta.

Aquel momento generó muchas reacciones por parte de ambos, algo natural tras enterarnos de que Francisco, mi amado esposo y padre de Brayan, había muerto; y que tantas luchas y esfuerzos parecían quedar sin sentido. Pero sabíamos, que fue gracias a nuestra entrega, persistencia y amor, que el caso logró conocerse

en muchos lugares y se pudo dar con su cuerpo y detener la zozobra, permitirnos saber que por lo menos no estaba sufriendo.

Llegamos, con mi pequeño escudero a la funeraria que nos habían informado, y de inmediato divisamos unas bolsas de basura que guardaban una forma impactante y venían siendo transportadas en un carro; nosotros lo supimos de inmediato, y no lo pensamos dos veces para lanzarnos al carro que las traía, queríamos abrazar el cuerpo de Francisco, pasando por alto aquel fuerte olor que desprendía; necesitábamos poder abrazarlo de nuevo, por última vez. Inmediatamente nos alejaron del carro y no lográbamos comprender por qué nos retenían, por qué insistían en que no lo viéramos, “recuerden a Francisco de una manera positiva, no por su cuerpo, lo que hay ahí ya está descompuesto”, decían. Pero nosotros sentimos un impulso muy grande de tenerlo con nosotros, de poder abrazarlo; como si pasáramos a un estado totalmente ajeno a la razón.

Brayan, que se había recompuesto, se acercó al celador que custodiaba el lugar donde

yacía el cuerpo de su padre. “¿Ahí está mi papá?” Le preguntó al hombre, que lo miró a los ojos y asintió con su cabeza, solemnemente; «y ¿usted nos puede dejar pasar?, Hace casi 3 años que no sé de él..., quiero despedirme», le dijo mi hijo, conteniéndose para no llorar de nuevo; el celador, muy conmovido, aceptó que siguiéramos, solo pidiéndonos tranquilidad. Una vez adentro, le hizo la promesa a Francisco “te prometo que cuidaré a mi mamá”, se despidió y salió.

Yo me quedé unos minutos más, hablando con él, despidiéndome, recordando la última vez que nos vimos. En medio de tanto dolor también sentía gratitud por tener el cuerpo de Francisco y que no se hubiera quedado en las profundidades de la selva o el río. Agradecí que ese momento de zozobra en nuestra vida hubiera terminado, porque lo encontramos; aún si estaba muerto, lo encontramos, y pude sentir algo parecido a la paz.

La Catedral Castrense de Cristo Redentor fue el lugar donde me entregaron el cuerpo de Francisco, el mismo lugar donde años atrás habíamos sellado nuestro pacto de amor.

Viajamos a Arauca en un avión militar; mi hijo, mi madre y yo, acompañando el ataúd. Por parte del Ejército, me acompañaron los sargentos Sandra Vargas y Eleida Ballesteros, quienes fueron un apoyo psicológico muy importante. Francisco tuvo un entierro con todos los honores de un militar, cumpliendo así el deseo que había manifestado en vida, ser llevado a su tierra: Arauca. Siempre respeté sus decisiones y no iba a interferir en esta última; aunque me habría encantado tenerlo acá cerca, en Bogotá, para llevarle flores todos los domingos y contarle la vida, como va pasando sin él. Me reconforta, sin embargo, que desde el cielo nos acompaña, y de seguro ha visto cada momento feliz que hemos tenido, así como hemos afrontado los tiempos difíciles, con la fortaleza y sonrisa que nos dejó como legado.



CAPÍTULO XII

El Estado en muchos casos abandona a sus militares y a sus familias mucho más, es cierto que tuve acompañamiento en todo el proceso durante el secuestro, pero después de recibir su cuerpo nunca más se dio y es que la vida siguió y tuve que buscar cómo reconstruir una mejor realidad para que Brayan creciera. A mi hijo no le dieron una beca para estudiar, ya que según ellos no pasó el examen de admisión. Cuando se les pidió que tuvieran presente la forma en que recibió la noticia del hallazgo del cuerpo del padre y todo lo relacionado con lo que ocurrió, no hubo un trato diferencial y los informes previos que tenía de psicología, misteriosamente se perdieron. En la Institución la vida de cada uno de sus hombres depende del estatus, del rango y del poder, así que no todos tienen el mismo valor. La vida de unos parece estar por encima de otros, en un país en el que la guerra es una opción de trabajo, un trabajo en el que la igualdad no existe. Ahora estoy segura de que si no hubiera renunciado a mi vida por bus-

car a Pacho, nunca habría podido encontrar su cuerpo, ni acompañarlo en su despedida de este mundo.

La vida debió continuar para nosotros, con la certeza del deceso; desafortunadamente la Institución no fue el apoyo moral o anímico propicio para nosotros, que quedamos a la deriva, reiniciando nuevamente nuestras vidas. Tuvimos el servicio de salud militar para mi hijo, hasta que cumplió los 18 años, y media pensión como apoyo económico, pero las cosas no eran fáciles ni psicológica, ni económicamente. Debido a la ausencia de su padre Brayan empezó a verse envuelto en peleas escolares e incluso ser víctima de matoneo por parte de algunos alumnos; él estaba creciendo lleno de resentimiento y emociones que no sabía cómo procesar adecuadamente; fue solo a través del deporte y gracias a la invitación de un amigo que empezó a practicar artes marciales mixtas y después boxeo, y ello le sirvió para poder manejar su ira. Brayan al cumplir su mayoría de edad se empeñó con realizar su servicio militar obligatorio, sin importar que estuviéramos atravesando por la pandemia. Yo, al ver su ímpetu, decidí apo-

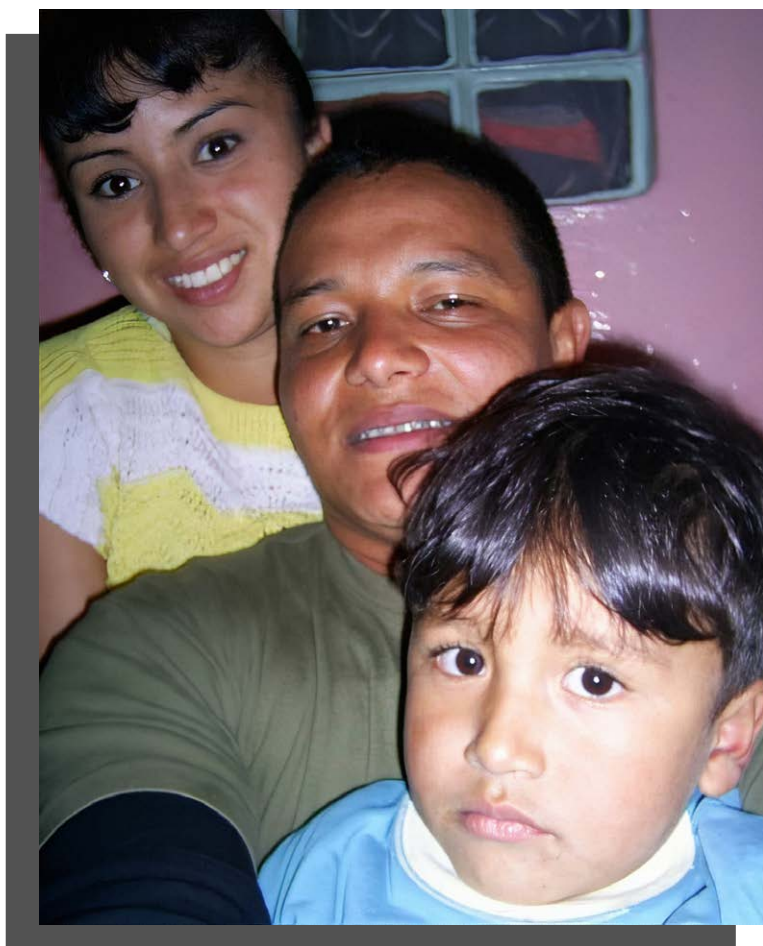
yarlo, y nos valimos de la ayuda de amigos de Francisco para que él lograra sortear la limitante que le impedía ingresar y realizar su servicio militar, ser hijo único.

Fue asignado al batallón de Tolemaida, batallón donde también estuvo su padre, lo que permitió una conexión mayor con él y con personas que convivió durante el tiempo que estuvo allí. Al principio trató de no mencionar la relación con su padre, ya que quería ser tenido en cuenta por sus propios méritos, sin embargo, sus ganas de conocer más a fondo la historia de Francisco lo llevaron a ir revelando quién era, y a contactarse con personas que le contaron cómo era su padre en el día a día, incluso, con alguien que había estado con su padre en la misión que fue herido y secuestrado.

La intención de encaminarse tras los pasos de Pacho se fue desvaneciendo poco a poco, a raíz de los tratos recibidos, que carecían la calidez humana y el cariño con el que había crecido. A su vez, el amor por el boxeo no terminaba. Brayan reconoce las dificultades que

representa el ser un profesional del deporte, pero eso no hace que deje de soñar en lograrlo.

Tiempo después nuestro hijo y su pareja han hecho crecer a la familia y el 20 de noviembre del año 2022 celebramos la llegada de Adrien Gadiel. Una noticia que nos llenó de amor, alegría y esperanza. Sabemos que si Francisco estuviera aquí sería un abuelo muy consentidor y amoroso, dándole tanto amor como se lo dio a mi hijo, quien quiere que la memoria de su papá se mantenga y puedan recordarlo como un héroe y, sobre todo, como una buena persona, alegre y decidida.



CAPÍTULO XIII

La memoria de Francisco para su hijo siguió construyéndose y si bien Brayan tenía solo 6 años cuando ocurrió su muerte, él ahora entonces veinteañero aún recuerda algunas memorias y momentos que compartió junto a su padre. Los días que llegaba de permiso y traía un mercado que siempre incluía las comidas favoritas para su hijo o las salidas familiares que teníamos juntos. Asimismo, también recuerda con arrepentimiento, cómo el último día que lo vio con vida Francisco había llegado a llevarlo a un parque de diversiones, buscando tener tiempo junto a él, más Brayan se negó a salir, porque se encontraba enojado por una discusión de sus padres y no dudó en ponerse de parte mía. Saber que aquel día pudo haber compartido una última vez con su papá y él no quiso hacerlo, es algo que lo perturba, aunque ya esas culpas no tienen sentido y nos quedamos con todo lo maravilloso que vivimos juntos y todo lo que hicimos para traer a Pacho de vuelta y buscar que su legado se preserve en el tiempo.

Cumplíéndose los deseos de mi hijo, la vida de Francisco y su legado estarán por siempre, porque no somos los únicos en esta historia que lo recordamos y llevamos en el corazón, a quien tenía como sueño tener una carrera militar impecable y que, siempre sonriente, enfrentaba todas las adversidades con las que se encontraba durante su vida y es orgullo para otros más. Entre estas personas se encuentra el sargento retirado Héctor Bernal, quien al igual que Francisco se graduó en la tercera generación de enfermeros de combate en 1999. Tras la graduación, cada uno fue asignado a un sector distinto, por lo que se debieron separar, pero su amistad nunca terminó.

En el año 2005 se reencuentran por un breve periodo de tiempo mientras hacían el curso de ascenso para sargento segundo en Bogotá. Luego de terminar el curso, Francisco fue hacia Tolemaida y Bernal para Armenia. Dos años después, en 2007, vuelven a encontrarse para participar en un entrenamiento de dos meses en Tolemaida, aunque no pudieron hablar mucho, debido a los horarios ocupados de ambos.

El Sargento Bernal se enteró del secuestro de Francisco por un comunicado de prensa. Durante todo el tiempo en el que estuvo en cautiverio, Bernal mantuvo la esperanza de que estuviera con vida, al igual que nosotros, y que pudiera regresar a su hogar, hasta el año 2009, cuando el exguerrillero de las FARC compartió la ubicación del cuerpo de Francisco aquella ilusión terminó y también sufrió con la desafortunada noticia.

Tras algunos asuntos personales y la muerte de Francisco, el Sargento Bernal decide retirarse y dedicarse a trabajar por la memoria de su amigo y compañero. Fue así que en el año 2011 creó la Fundación de Enfermeros de Combate, en honor a Francisco Aldemar Franco Zamora, en la cual se entrega una medalla de honor que lleva su nombre. Esta fundación busca resaltar las labores y la importancia de los enfermeros de combate en Colombia, gestionar entrenamientos para estos y mejorar la sanidad de los soldados.

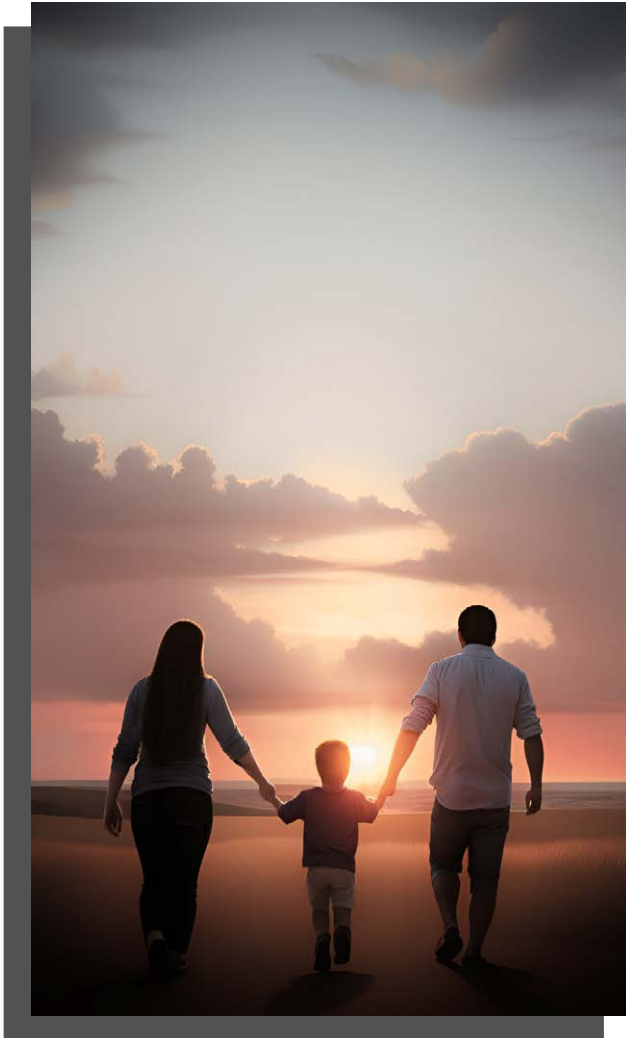
La importancia de la salud mental de los uniformados es algo fundamental para Bernal. En los batallones a los que él era enviado no

solía haber psicólogos que sirvieran de apoyo a los miembros del Ejército, incluso sin tener en cuenta que tenían que pasar por pruebas y misiones que representaban un gran rigor tanto físico como emocional, por lo que a los enfermeros no solo les tocaba realizar sus labores, sino que también debían ser psicólogos, a pesar de no estar preparados para esto de forma profesional. De vez en cuando les realizaban tests, más no había un acompañamiento continuo.

Cuando terminaron los diálogos²⁷ del gobierno de Pastrana, el Sargento Bernal fue enviado a una zona de distensión, donde presencié masacres y barbaries de todo tipo. Lo más duro era ver a los soldados despedazados; destrozados por una mina antipersonal que explotaba cerca de ellos; perdiendo extremidades; sufriendo por una guerra que destruía con todo a su paso. Todas esas imágenes eran difíciles de digerir, imposibles de olvidar, sobre todo para los enfermeros de combate, pues son ellos quienes deben cargar con el peso de los heridos, hacer lo posible por salvarlos sin los implementos necesarios y en medio de situaciones de peligro. En el

caso de Bernal, tras ver una escena en la que uno de sus compañeros fue herido por una mina, haciéndole perder sus piernas, no pudo comer carne por un tiempo, pues cada vez que lo hacía, recordaba aquel suceso.

La guerra no es fácil y solo deja muerte y destrucción, ahora el sargento Bernal sigue trabajando por ayudar a otros soldados, en especial a los enfermeros de combate y busca mantener el legado de Francisco como una muestra de resiliencia y de amor por su país y por su labor. Aquel gran amigo de mi esposo no para de trabajar por calmar y sanar las consecuencias del conflicto armado.



CAPÍTULO XIV

Ya han pasado trece años desde aquel suceso. Trece años de saber de la muerte de Francisco, años de resiliencia, fe, amor y ternos, características que han predominado en esta familia, la cual ha salido adelante, siempre unida por los lazos de amor que la tragedia no pudo destruir, creando un vínculo que cada día se vuelve más irrompible, impenetrable ante los problemas y el paso del tiempo.

Así se ha escrito aquella historia que inició en el año de 1999, pero seguiremos escribiendo nuevas páginas del libro de nuestra vida y Francisco nunca dejará de estar en él.

La sonrisa y el buen humor de Pacho son el legado que le quedó a nuestro hijo, y a todos aquellos a quienes su historia pueda inspirar. Brayan sigue adelante y es que no puedo sentir más alegría al ver cómo lucha contra las adversidades y aquella sonrisa que me enamoró hace 25 años la veo cada día en el rostro de mi hijo amado.

EPÍLOGO

Esposo mío, quisiera tenerte de frente para poderte decir cuánto te amo y la inmensa falta que me has hecho durante este tiempo. Que no deja de doler el hecho de que unas personas sin corazón nos metieran en esta guerra y nos separaran, destruyendo a nuestra familia, arrancándote de nuestro lado y dejándonos a nosotros solitos acá, pero que gracias a tus enseñanzas, a todo lo que nos transmitiste mientras estuviste vivo, hiciste que fuéramos fuertes, que a pesar del dolor de no tenerte acá y de la forma como te arrancaron de nuestro lado supimos sortear todos esos obstáculos y salir adelante.

Mi cielo, quisiera que te dieras cuenta de la familia que quedó acá, de nuestro hijo que ya es todo un hombre, que no fue fácil sacarlo

adelante, porque tu presencia hizo muchísima falta, tú como papá le hiciste mucha falta y es algo que por más que traté no lo pude llenar, pero él siempre te lleva en su corazón y en su mente y está orgulloso del papá que tuvo y que tiene arriba en el cielo.

También quisiera contarte que ahora tú y yo somos abuelos. Hay nuevos miembros en la familia; tenemos otra hija, quien es la esposa de nuestro hijo y nos han regalado a nuestro pequeño nieto, todos ellos se han vuelto mi alegría y mi compañía, y sé que donde estás debes estar muy feliz y nos debes estar cuidando como lo haces siempre.

Yo sé mi amor que algún momento, allá arriba, en ese pedacito de cielo nos vamos a volver a encontrar, para darnos un abrazo enorme y un beso eterno, un lugar donde no nos vamos a volver a separar.

Te amo mucho Francisco Aldemar Franco Zamora, te amaré hasta el último suspiro de mi vida y hasta el día en que cierre mis ojos, porque nadie te va a quitar ese lugar y estamos, tu familia, muy orgullosos de ti y agradecidos

por el gran sacrificio que hiciste, de ofrendar tu vida por la de todos los colombianos.

Eres nuestro héroe y gracias por todas las enseñanzas que dejaste en muchos corazones, porque no hay cosas imposibles en la vida, y eso jamás se me olvidará, porque tú siempre lo decías.

Te amo y te amaré por siempre.

Sandra María Sánchez Castiblanco

NOTAS AL FINAL

1. Betatonio fue la marca de un negocio que alquilaba películas en cassette de Beta-max que tuvo sus inicios en 1985.
2. La Época del terror es como se denomina en el Documental Colombia Vive, los años de 1984 a 1989 en el que recopilan los hechos violentos que trajo la ola de narcotráfico.
3. El ELN se fundó a comienzos de los años sesenta, a diferencia de las FARC, tenía un origen urbano conformado por sindicalistas, estudiantes y campesinos y fue “el resultado de la revolución cubana en el conjunto de la juventud de América Latina y de los partidos comunistas de todo el hemisferio”. <https://insightcrime.org/es/noticias-crimen-organizado-colombia/eln-colombia/>

4. Las FARC fue una de las guerrillas de mayor envergadura en Latinoamérica, sus orígenes se remontan a 1949, aunque oficialmente nacen en 1966 cuando se organizan en respuesta a la “violencia política” que atravesaba Colombia en ese momento y denominándose así las primeras autodefensas campesinas liberales y comunistas. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/wp-content/uploads/2020/01/Guerrilla-y-poblaci%C3%B3n-civil.-Trayectoria-de-las-FARC-1949-2013-1.pdf>
5. Los términos paramilitar y paramilitarismo se refieren a organizaciones civiles de particulares que tienen una estructura, entrenamiento, subcultura y, a menudo, una función igual a las de un ejército, pero que no forman parte de manera formal y/o legal a las fuerzas militares de un Estado.
6. El profesor Camilo Echandía Castilla mapea los lugares de mayores homicidios en su artículo “La violencia en el conflicto armado durante los años 90” <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4017500.pdf>

7. Para ampliar la relación de los factores de persistencia de la violencia en Arauca pueden consultar el informe de Rutas del Conflicto realizado en el marco de la Comisión de la Verdad. <https://rutasdelconflicto.com/especiales/arauca/factores-persistencia.html>
8. En ese momento, en Colombia se obligaba a todos los hombres a prestar el servicio militar y era un requisito indispensable para solicitar empleo.
9. Chapada a la antigua es una expresión popular para referirse a quien sigue las costumbres y modo de pensar de épocas pasadas, siendo más conservadora y tradicional.
10. Ubicado en Colombia, pertenece a uno de sus 32 departamentos donde predominan las culturas indígenas, árabe y criolla. pertenece al grupo de departamentos de la Región Caribe colombiana. Limita al norte y al oeste con el mar Caribe, al este con Venezuela; al sur con el departamento del Cesar y al suroeste con el departamento del Magdalena. Su capital es Riohacha. ht-

[tps://www.laguajira.gov.co/LaGuajira/Paginas/La-Guajira.aspx](https://www.laguajira.gov.co/LaGuajira/Paginas/La-Guajira.aspx)

11. Los entrenamientos físicos como mentales en estas pruebas llamados “juegos de guerra” son implementados para generar estrategias de supervivencia y resistencia en situaciones de conflicto a su vez esto genera emociones o pensamientos positivos o negativos. A Francisco por lo general no le gustaba hablar de estos entrenamientos con su esposa ya que no quería cargarla con todas estas emociones.
12. Las Casas Fiscales del Ejército, creada por el Decreto No. 0312 de 1958, y posteriormente llamadas Instituto de Casas Fiscales del Ejército, son establecimientos públicos dotado de personería jurídica, autonomía administrativa y patrimonio independiente, encargado de desarrollar la política y los planes generales que en materia de vivienda, por el sistema de arrendamiento, adopte el Gobierno Nacional, respecto del personal de Oficiales y Suboficiales en servicio activo y personal civil del Ejército. Es decir, son inmuebles destinados por el Estado, adquiridos y construidos por la

Institución, con la finalidad de servir de residencia al personal de la Armada.

13. Templo religioso, ubicado al suroriente de la ciudad en el barrio 20 de Julio, es uno de los más importantes centros de peregrinación y oración de Bogotá.
14. Melgar es un municipio colombiano del departamento de Tolima, localizado a 98 km al suroccidente de Bogotá.
15. Putumayo, forman la República de Colombia. Su capital es Mocoa y su ciudad más poblada es Puerto Asís. Está ubicado al suroeste del país.
16. En Colombia se denomina así a las partes del territorio nacional donde se desarrolla la conducción de las hostilidades por parte de los actores armados. Zona de guerra.
17. Uniforme portado por los médicos civiles.
18. San Victorino es un sector de la ciudad de Bogotá, Colombia. Pertenece a la localidad de Santa Fe. Se caracteriza por ser centro estratégico en la ciudad de encuentros

empresariales y comerciales. Tanto para mayoristas o minoristas.

19. Derechos Humanos.
20. Acuerdo Humanitario, Intercambio Humanitario o Canje Humanitario se refería a un posible acuerdo para intercambiar y liberar tanto a secuestrados en poder de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP), como guerrilleros presos por parte del Gobierno de Colombia, dentro del marco del conflicto armado
21. Abogada y política colombiana, nacida en Medellín. Desde la adolescencia inició su trabajo social y político en las comunidades marginadas de Medellín (Antioquia), perteneciente al partido político de izquierda. Lideró las conversaciones con las FARC en cuanto al tema de canjeables humanitarios.
22. Fue Presidente de Colombia entre 1994 y 1998.
23. Presidente de Colombia periodo 2002-2010.

24. Creado por el periodista Herbin Hoyos. Daba aliento a los secuestrados, ya que podían escuchar a sus familias a la distancia enviando mensajes de apoyo y acompañamiento.
25. Es la plaza principal de la ciudad de Bogotá y de Colombia. Está ubicada en el centro histórico de la ciudad, alrededor de la casa presidencial y palacio de justicia entre otros centros históricos.
26. Jorge Briceño Suárez o Mono Jojoy fue un guerrillero colombiano, comandante del Bloque Oriental, jefe militar y miembro desde 1993 hasta su muerte (2010) del Secretariado de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP).
27. Negociaciones para un eventual proceso de paz y acabar con el conflicto armado colombiano en los años de su periodo electoral 1998-2002.

Esta obra ha sido publicada
por el proyecto Memoria y Reparación.
Los trabajos de la primera edición fueron
terminados en noviembre de 2025 en los
talleres de Imagen Editorial S.A.S.
Bogotá, D.C., Colombia

La guerra no es fácil y solo deja muerte y destrucción. Hombres y mujeres dan sus vidas por el país o por lo menos es lo que nos hacen creer. Entregamos a nuestros esposos a la guerra porque creemos que así terminará el conflicto armado y “los buenos” acabarán con “los malos”, pero la vida va más allá de blanco y negro y cada día mueren personas de todos los bandos y hasta ahora no vemos que llegue la paz.

¿Y quién pone los muertos en la guerra?

Esa pregunta retumba en mi cabeza.

No creo que ninguna causa sea tan importante como que un hijo crezca con el amor de su padre. El Estado en muchos casos abandona a sus familias, a las mujeres e hijos de todos aquellos militares o integrantes de la fuerza pública que fueron desaparecidos, secuestrados y asesinados.

Merecemos la verdad y ser tratados con respeto y dignidad, aunque para muchos no somos considerados víctimas del conflicto armado que vive el país, pero **SÍ LO SOMOS.**